

el invariable sedimento de tristeza. Dícele a su amada: "Tú sólo por instantes fuiste mía". Todas las amadas sólo por instantes saben y quieren ser nuestras. Pero el poeta no ha querido darse cuenta de que, a pesar de su promesa, él también sólo por instantes sabe ser de la amada. El mundo sonríe con incredulidad de una pasión durable. Los más juzgan que saben del amor; pero los más, también tienen miedo de conocer las tempestades del amor y se contentan con respirar la flor de los deseos.

En ese libro se encuentran numerosas frases felices, ya por la sugerencia, ya por la vívida imagen, como cuando habla del "libro de estampas del recuerdo", o como cuando dice "...se siente sola como una calle de domingo". En ocasiones se experimenta una emoción dulce y distante, la de una cosa distante que se nos hace presente.

En la última sección del volumen se descubre un diverso aspecto del poeta. Es la misma sensibilidad, el mismo anhelo de perfección; pero estos poemas se han escrito con un mayor sentido de humanidad. Ha encontrado la poética belleza de esa amada del campesino que es la carreta. Su "Romance de las carretas" está compenetrado de un sentimiento y de una visión de las cosas de su tierra. Ha sabido mirar la carreta en su sentido social, sin perder un rasgo que pudiera analizar la poesía de esa cantante amada del campesino. Este romance debería enseñarse de memoria en todas nuestras escuelas rurales.

En su "Sonata de amor" hay estancias de madrigal hispano y de elegía latina. Y en el "Poema del minero" aparece lo humano social, que es la nota nueva en los poemas de Julián Marchena. Se halla aquí un eco de Manuel Ugarte. Mas quiera la buena fortuna de las letras del país que esta nota se acentúe en la obra que tiene que cumplir el autor de *Alas en fuga*.

R. BRENES-MESÉN,  
Costa Rica.

EDUARDO MALLEA, *Todo verdor perecerá*.—Buenos Aires, Editorial Espasa-Calpe Argentina, S. A., 1941. 222 pp.

En la novelística argentina, el nombre de Eduardo Mallea significa prestigio sólido, asentado en la base de una calidad indudable. El autor de *Fiesta en noviembre*, vigoroso y original, reaparece en *Todo verdor perecerá* en plenitud de los atributos que le han permitido colocarse a la vanguardia del género literario que cultiva.

El valor literario de la obra de Mallea no estriba en la fecundidad imaginativa para hilvanar tramas y emplear recursos y efectos dramáticos. La fábula puede ser sencilla, sin mayores complicaciones exteriores; donde verdaderamente radica la importancia de la creación del autor men-

cionado no es en la construcción y desenvolvimiento de hechos, sino en el estudio psicológico de los personajes, en el profundo análisis de los caracteres humanos y de los factores materiales y espirituales que intervienen y que son fundamento y fuerza impulsiva para el desarrollo de la historia que describe.

No hay filosofías comunes, ni empleo de resortes vulgares en la construcción de la mayoría de las novelas. Tampoco hay rebuscamientos ni se evidencia un propósito de originalidad. Esta surge espontánea, flúida, como fruto de una inspiración superior, que permite la creación en condiciones fuera de lo común; y en la que el factor ideológico está presente por sobre todo, venciendo, dominando a la forma, que aunque ajustadamente estética es siempre supeditada por la esencia que la anima.

*Todo verdor perecerá* es una novela argentina, por el autor y por el tema, el cual radica en las tierras del sur. Bahía Blanca permite el traslado, a las páginas del admirable libro, de personajes diestramente trazados y paisajes descritos con maestría. Y unos y otros son argentinos, como lo son los problemas que tratan en su relación y los que el autor, nativo de esas tierras, trae a colación con un afán fervoroso y justo de mejoramiento social.

El argumento de la última novela de Mallea es humano, profundamente humano; hay en ese argumento el horror de la aridez de la vida de dos seres unidos, no por amor, sino por buscar en la unión de dos existencias ágras y taciturnas, la compensación de la paz y la tranquilidad. Y es el análisis de esas existencias y la razón de su acritud, motivo amplio para que el autor exhiba las luces de su talento, su aguda observación de la vida, su recto criterio deductivo y su sentido filosófico, expuesto con sencilla sobriedad, con madura reflexión y forma culta y bella al mismo tiempo.

Agata y Nicanor Cruz son dos figuras que cobran relieve de seres vivos, por el sortilegio de la palabra de Mallea. Dibujados en el paisaje primero con simples siluetas, van adquiriendo contornos cada vez más vigorosos, a medida que el autor ahonda en los detalles materiales y razones intelectuales y morales que hacen su psicología. Y una vez animados y puestos en la dramática acción de la fábula humanísima del novelista, son personajes que atraen y seducen, conquistando la atención del lector hasta el fin del proceso argumental.

El hondo concepto filosófico de la obra de Mallea descansa en dos pasajes del Antiguo Testamento, que transcribe en una de sus páginas iniciales. Dichos pasajes son: "Las aguas de Nimrín serán consumidas y secaráse la hierba, marchitaráse los rebaños, todo verdor perecerá". Isaías—XV, 6. "No sabe el hombre su fin: sino que como los peces son cazados en el anzuelo y las aves aprehendidas con el lazo, así los hombres son cazados en el tiempo malo, cuando de improviso les sobreviniere". Eclesiastes—IX, 12.